



Título: *La Palabra en el aire.*

Autor: Ángel González y Pedro Guerra

Lugar y año: Madrid, 2003

Editorial: BMG Music Spain
(CD-libro)

Escuchar a Ángel González en este magnífico trabajo no sólo nos permite disfrutar de su poesía y de su inconfundible voz, sino acercarnos también a su alma acariciada esta vez con la sensibilidad del cantautor y poeta, Pedro Guerra. En esta obra conjunta ambas generaciones se encuentran y al fundirse han conseguido una obra verdaderamente maestra, imprescindible referencia poética y musical de nuestro tiempo presente. *La Palabra en el Aire* -como bien diría su admirado Antonio Machado- es poesía o “palabra en el tiempo”, versos que nos hablan de un latir íntimo y sincero fruto de su experiencia vital, embellecidos con la calidez que proporciona el peculiar intimismo musical de Pedro Guerra con quien Ángel González -como si del nieto favorito se tratase-, ha querido compartir cada uno de sus veintiséis poemas en una cuidada edición que es todo un elogio de buen gusto.

Comienza el poeta con una bella reflexión sobre su propia construcción personal en ***Para que yo me llame Ángel González*** “para que mi ser pese sobre el suelo/ fue necesario un ancho espacio/

y un largo tiempo”. Seguidamente, nos detalla sus débitos amorosos en versos llenos de ternura como en ***Estos poemas*** “los desencadenaste tú”, mientras reflexiona sobre el paso del tiempo en ***Entonces***, “en los atardeceres...” o en ***Así nunca volvió a ser*** porque “Allí me dejó un día de verano/ y jamás regresó”. Entretanto, nos habla también de cómo fueron llegando los sucesivos ***Cumpleaños de amor***, siempre con un mismo regalo, sus eternas preguntas “¿Cómo seré yo/ cuando no sea yo?”, y también con el mismo deseo de encontrar respuestas en el río de la vida: ***Por aquí pasa un río***, “si vas deprisa el río se apresura/ si vas despacio el agua se remansa”.

De igual forma bien sugerentes son en *La Palabra en el Aire* las incontables referencias que Ángel González nos ofrece sobre la existencia del ser amado, como en ***Muerte en el olvido***, donde aborda esa hermosa reflexión referida a que existimos porque alguien se acuerda de nosotros y no al revés: “Yo sé que existo/ porque tú me imaginas/... Pero si tú me olvidas/ quedará muerto sin que nadie lo sepa”. Tras la separación amorosa,

no le importará hacer su más íntima confesión, **Me he quedado sin pulso y sin aliento**, magníficamente expresada con el lirismo adicional de Pedro Guerra, quien impregnará de juventud y belleza cada uno de sus versos, con la suave cadencia de su voz, para desembocar más tarde en una irremediable **Artritis metafísica** en la que reconoce: “yo mismo/ me rompí el alma en más de una ocasión”. Pero a pesar de su desgarró, el poeta nos propone un singular, **Tango de madrugada**, para advertirnos que siempre “Hay un instante frívolo/ cuando baila la gente./ Hay un momento turbio/ en el que desfallezco. Hay un minuto roto/ en el que todo es llanto” y, nos recuerda en **Meriendo algunas tardes** que “Si estoy junto a la mar/ muerdo primero los acantilados/... Si estoy en la ciudad/ meriendo tarde a secas:/ mastico lentamente los minutos...”, para desvelarnos después su sabia máxima existencial: **Donde pongo la vida pongo el fuego**, “Pongo en juego mi vida, y pierdo, y luego/ vuelvo a empezar, sin vida, otra partida./ Perdida la de ayer, la de hoy perdida,/ no me doy por vencido, y sigo, y juego”.

Tampoco se olvida Ángel González de los difíciles años de su niñez, evocando con infinita nostalgia y ternura el amor que siente hacia su madre, en un poema titulado **Primera evocación** donde nos recuerda que “Llegó también la guerra un mal verano./ Llegó después la paz, tras un invierno/ todavía peor. Esa vez, sin embargo,/ no devolvió lo arrebatado el viento./ Ni la lluvia/ pudo borrar las huellas de la sangre./ Perdido para siempre lo perdido,/ atrás quedó definitivamente/ muerto lo que fue muerto./ Por eso (y por más cosas)/ recuerdo muchas veces a mi madre...”. Después nos hablará de la esperanza y la alegría que puede proporcionar una rítmica y cálida **Habanera** “...ay que vente conmigo en donde vivo

yo” para acercarnos de nuevo a una sencilla **Canción de invierno y de verano** donde el poeta siempre se preguntará “Cómo dudar que nos quisimos/ que me seguía tu pensamiento...” hasta poder constatar que **En este instante, breve y duro instante** “cuantas vidas se cuelgan de otras vidas” de forma que **A veces, un cuerpo puede modificar un nombre** y “las palabras se posan sobre las cosas como una/ mariposa sobre una flor, y las recubren de colores nuevos”.

Así nos descubrirá también en un bellissimo poema que **Son las gaviotas, Amor**, “Las lentas, altas gaviotas” quienes nos conducirán con su vuelo a ese lugar donde parece habitar la **Esperanza** “Agazapada/ bajo las piedras y las horas” para después recordarnos, con la deliciosa voz de Pedro Guerra, que **Mientras existas** “mientras mi mirada/ te busque más allá de las colinas,/ mientras nada/ me llene el corazón,/ si no es tu imagen, y haya/ una remota posibilidad de que estés viva/ en algún sitio, iluminada” podrá seguir recitando esa hermosa **Oda de la noche** “Tras la fría superficie de las calles de luna/...negra, deshabitada, misteriosa”, donde poder bailar esta vez un pausado **Vals del atardecer**, que nos permita preguntarnos cada día: “A dónde llevará esa leve brisa,/ a qué jardín con luna esa sumisa/ corriente...”. Entretanto y socarronamente, el poeta también nos recordará un curioso **Dato biográfico** referido a que cuando está en Madrid se siente “irresistiblemente atraído, por oscuras razones/ hacia ciertos lugares muy mal iluminados/ en los que me demoro sin plan preconcebido/ hasta que el sol naciente anuncia un nuevo día”.

Para finalizar, después de repasar el **Ayer** y constatar que **A veces, en octubre, es lo que pasa...** “Cuando nada sucede/ y el verano se ha ido/ y las hojas comienzan a caer de los árboles.../

BREVES
por Miguel Canterac

y las palabras se oyen cada vez más lejanas,/ como susurros que dispersa el viento...”; Ángel González y Pedro Guerra cierran este excepcional poemario aunando magistralmente sus voces con las melodías nacidas de las palabras en **Me basta así**, uno de los poemas más líricos de *La Palabra en el aire*, donde el poeta plantea su más íntimo deseo si algún día fuera hacedor de vida:

*“Si yo fuese Dios
y tuviese el secreto,
haría
un ser exacto a ti...”*

*ya no sé si me explico, pero quiero
aclarar que si yo fuese
Dios, haría
lo posible por ser Ángel González
para quererte tal como te quiero,
para aguardar con calma
a que te crees tu misma cada día
a que sorprendas todas las mañanas
la luz recién nacida con tu propia
luz y corras
la cortina imparable que separa
el sueño de la vida,
resucitándome con tu palabra...”*

María Pilar Salas Franco



Título: *Su nombre era el de todas las mujeres*

Autor: Luis Alberto de Cuenca

Lugar y año: Sevilla, 2006

Editorial: Renacimiento

Páginas: 230

Nueva antología sobre la poesía amorosa de Luis Alberto de Cuenca, seleccionada y prologada por Lara Cantizani. Una muestra granada de la trayectoria del poeta desde sus inicios culturalistas y esteticistas, pasando por el escapismo libresco no exento de frecuentes referencias a la cultura popular, hasta desembocar en la poesía experiencial que cultiva a partir de los ochenta, esa búsqueda de un verso narrativo y directo que ayude a transformar en mito la anécdota cotidiana. La antóloga clasifica los diversos tipos de amor *luisalbertiano* en diez: cortés y caballeresco, cultural, doméstico, erótico, gastronómico, impreso, de madrigales, negro, oriental y terrorífico. Para todos los gustos, vamos, pero siempre despojado de dramatismo por obra y gracia del humor. El amor es, pues, algo que simplemente ocurre.